



CARTAS AL DIRECTOR

Primum discere, deinde docere

Learn first, then teach

Sr. Director:

Felicito a los autores de la reciente monografía de la revista RADIOLOGÍA, donde se recogen excelentes consejos para mejorar nuestra forma de adquirir, comunicar y evaluar conocimientos. Al hilo de los temas tratados me gustaría aportar algunos comentarios.

En la divulgación científica el autor parte de su experiencia previa, pero aprende cosas nuevas durante la elaboración de su trabajo. Una equilibrada combinación de lo ya sabido y lo recién adquirido otorga frescura a lo expuesto. El receptor selectivo lo agradece. Por eso me parece oportuna la recomendación de preparar con tiempo suficiente resúmenes y trabajos. Al fin y al cabo, la precipitación arruina la consistencia. Y lo que es peor, contribuye al formidable malentendido que consiste en equiparar un honesto esfuerzo divulgativo con un simple instrumento curricular.

La actualidad del tema eleva el perfil del trabajo. Pero el exceso de temas vistosos sofoca nuestra capacidad de asombro y no resulta verosímil en un contexto fuertemente asistencial. Las enfermedades comunes contienen de hecho suficientes elementos interesantes. Puede parecer que todo está dicho, pero no es así. Es preciso volver sobre los temas de siempre, con atención renovada y palabras precisas. Los puntos de vista imaginativos encuentran argumentos sin necesidad de revolver en los cajones.

La comunicación es un banco de pruebas. La loable ambición de publicar lo comunicado eleva la autoexigencia y puede amplificar la difusión. Pero no todos los contenidos son igualmente perdurables. Y sin embargo, lo modesto merece ser comunicado. La aportación de cada grupo sintetiza su experiencia, es valiosa cuando procede del esfuerzo reflexivo, y es saludable porque es inclusiva. Además,

proporciona un impagable cuadro de situación de una comunidad profesional en un momento dado.

La redacción de un trabajo científico requiere esfuerzo minucioso y corrección exhaustiva, incompatibles con la prisa. El éxito no está garantizado, pues depende de factores aleatorios como la oportunidad y el gusto. También de la gramática y del estilo. Leo con asombro la larga lista de tropiezos que acechan al autor de divulgación. Echo en falta una advertencia contra la herramienta «copiar y pegar», tan dañina para la coherencia del manuscrito como para la imagen del órgano difusor.

Conviene conocer y combatir estos peligros, pues un artículo mal escrito no se deja leer. Pese a todo, creo difícil sortear las dificultades sin el auxilio de editores y revisores, convertidos en garantes de los derechos del lector. Es preciso corregir y corregir. Un alto porcentaje de trabajos rechazados no garantiza la calidad de los aceptados si estos no son pulidos hasta rozar la excelencia.

Las revisiones múltiples o sucesivas no son populares. Exigen humildad al autor y altruismo al revisor. Demoran la publicación del manuscrito y pueden exasperar a los implicados, sepultándolos en un falso debate que grava entre la medianía asumible y el perfeccionismo patológico. Pero no dramaticemos. La generalización del modelo Open Access, si llega, servirá para poner de manifiesto las bondades del sistema actual.

Termino aludiendo a la premisa inicial. El autor enseña, pero también aprende. Es, de hecho, quien más aprende. Si en algún momento necesitáramos de una poderosa razón adicional para seguir frecuentando las actividades formativas (para no tirar la toalla, ahora que vienen mal dadas), siempre podremos recurrir a esta.

José M. Mellado

Sección de Radiología, Hospital Reina Sofía, Tudela,
Navarra, España

Correo electrónico: jmellado@comz.org

<http://dx.doi.org/10.1016/j.rx.2013.05.007>